

PENSAMIENTOS PARA UNA TEOLOGÍA DE LA INFANCIA

El autor nos ofrece una visión original y profunda de la infancia y de su importancia para la vida cristiana. A través de estas reflexiones comprendemos mejor el sentido del «hacerse como niño» del Evangelio y el porqué de la identificación de Jesús con los niños (Mt 18, 4-5).

Gedanken zu einer Theologie der Kindheit, Geist und Leben, 36 (1963), 104-114.

No se pretende aquí dar advertencias y consejos a los padres y educadores acerca de la educación de sus niños. Se trata más bien de preguntarnos qué dice la revelación de Dios acerca de la infancia, qué sentido tiene la infancia según el plan del Creador y Redentor y qué tarea le está encomendada en orden a la salud del hombre y a la perfección, total. La respuesta a estas preguntas tal vez pueda darnos luz sobre nuestra propia vida y al mismo tiempo ayudar a los que diariamente, llenos de amor y atención, se preocupan por el niño.

La impercedera dignidad de la infancia

En primer lugar hemos de hablar de la relación inmediata que las edades de la vida tienen con Dios y de su permanencia incesable. De ahí que la infancia tenga una importancia y dignidad intransferibles. ¿Qué queremos decir con esto? Nosotros los hombres, que vivimos vueltos hacia nuestro mundo exterior, tenemos constantemente el peligro de caer en la tentación de interpretarnos a nosotros mismos según categorías, imágenes y modelos del mundo físico o puramente biológico. Y esto nos sucede también con el tiempo. Interpretamos el tiempo humano, histórico y personal, siguiendo el modelo del tiempo físico, lo cual es muy poco humano, muy poco filosófico y muy poco cristiano. Así concebimos nuestro tiempo vital como una suma de fases o momentos, en la cual cada fase desaparece para dar paso a la siguiente, y sólo tiene sentido en cuanto es preparación para la próxima. Sobre todo concebimos de esta manera la juventud y la infancia, como etapas cuyo sentido es preparar las que van a venir, y cuya función cesa cuando ha llegado aquella para la cual se preparaba. Parece que el cristiano acentúa de modo especial este carácter funcional y preparatorio de la infancia frente a la vida, frente a la madurez del adulto, que se considera como el tiempo y el fin propiamente tal, con sentido en sí mismo. No se puede negar que también en el tiempo humano se da esta dimensión unidireccional, que la fase primera sólo llega a comprenderse rectamente cuando se la concibe como un servicio y preparación para la próxima, como un paso hacia el futuro. Y ¡ay de la fase de la vida, y también de la infancia, que quisiese cerrarse y disfrutarse en sí misma, que se convirtiese en su propio ídolo, que no quisiese cesar ni doblegarse al paso majestuoso del futuro ...! Pero esto es solamente una parte de la verdad del tiempo histórico personal del hombre.

El hombre no es una cosa que se arrastra por el espacio temporal y que sólo posee el momento presente. El hombre es un sujeto que se posee siempre como totalidad y que, por tanto, tiene siempre su tiempo como una totalidad delante de sí. El hombre viene de un pasado que permanece y va hacia un futuro proyectado de antemano. En su acción libre hace presente todo su tiempo, su pasado y su futuro. Por esto la eternidad, esta

totalidad plena de su existencia salvada, hacia la que el hombre tiende en su tiempo, esta eternidad no es un segundo período de su vida, una indefinida continuación lineal, sino que es la validez permanente de su ser libre delante de Dios. La eternidad no es una duración sobreañadida de su vida, sino el fruto definitivo de su tiempo, la plenitud de su subjetividad libre, la misma totalidad que de modo formal y vacío poseía en cada momento de su vida temporal. El hombre no acaba su vida temporal dejándola, sino que la aporta a la eternidad, que es su tiempo consumado y subsumido. Su futuro es la llegada de su pasado libre.

Y esto mismo ha de decirse de la infancia, y con más insistencia, pues es la etapa de la vida que más provisional puede parecer, como un andamio que, cuando el edificio esté listo, desaparecerá deprisa y definitivamente. La infancia permanece. Como tiempo dado y confirmado, libremente asumido y construido, nunca es tiempo pasado desaparecido. La infancia es tiempo permanente y momento interno y constitutivo de la plenitud del ser, del existente humano, plenitud que llamamos eternidad del hombre salvado y redimido. No perdemos la infancia dejándola para siempre detrás de nosotros, sino que vamos hacia su encuentro como hacia lo realizado y salvado en el tiempo. Nosotros *seremos* los niños que *fuimos*, porque un día recogeremos el tiempo y nuestra infancia en la eternidad. Ciertamente, mientras vivamos permanece nuestra infancia abierta y susceptible de decisión y confirmación. Pero esto no significa que dejamos la infancia, sino que nos dirigimos hacia la eternidad y hacia la definitiva validez de esta infancia delante de Dios. Por esto la infancia es importante para el destino del hombre no sólo como preparación para decisiones trascendentales futuras, sino mucho más como un tiempo de su historia personal, en el cual se desarrolla lo que solamente en él se puede desarrollar, y solamente en *este* campo podrán florecer flores y frutos que serán conducidos a los graneros eternos.

Todo lo dicho, de modo abstracto y formal, nos indica la dignidad de la infancia. La infancia misma tiene una inmediata relación con Dios, limita con el Dios absoluto, no sólo a través de las otras edades, sino por sí misma. Puede ser que la peculiaridad de la infancia se nos escape a nosotros, y que desaparezca de nuestra vista. Pero la realidad es muy otra. La infancia es no sólo preludio sino algo irrepetible que descansa sobre sí. Su maravillosa flor es ya fruto ahora, no sólo como fruto futuro. El que la infancia sea útil para luego no hace desaparecer su valor actual. La infancia debe ser de tal forma que sea digna de ser de nuevo apelada en el indecible futuro que nos, viene al encuentro.

El dato cristiano acerca de la infancia

Vamos a ver lo que la Escritura y la Tradición nos dicen acerca de la infancia, aunque no se trate de un estudio exhaustivo y documentado de la Escritura, ni un argumento de todos los textos patrísticos sobre este tema. Se pretende más bien demostrar cómo lo dicho anteriormente está en consonancia con el saber cristiano acerca de la infancia.

El niño es un *hombre*. Ninguna religión ni antropología filosófica ha insistido tanto ni ha dado de modo más claro por presupuesto que el niño es un hombre ya desde su comienzo, como el cristianismo. El niño es un hombre, y posee por tanto aquella dignidad y aquel misterio profundo que se encierran en la: palabra hombre. Es un hombre y sólo aporta a su historia lo que él es. Está dotado; lastrado y agraciado con toda la indecible dignidad y carga del hombre, y esto ya desde el comienzo. Y esto

porque el niño viene de Dios y porque su historia, a pesar de estar enlazada con el cosmos y la vida del universo, tiene una relación inmediata con Dios, su creador. El niño es el hombre al que Dios llama por su nombre, que jamás es un caso más de una idea universal. El niño no es un momento de un proceso circular, sino que es definitivo, siempre legítimo y por tanto siempre digno de existir. El niño es un hombre, que siempre es un sujeto con el cual Dios dialoga y trata. El niño es un hombre; que conoce la muerte y ama la vida, vive siempre como hermano, ejerce una actividad múltiple, y que sabe que allí donde él se confía incondicionalmente encuentra un abismo de amor. Todo esto dice el cristianismo acerca del niño. Y por esto protege al niño ya desde el seno materno, y cuida que las fuentes de la vida no queden rebajadas al puro nivel del placer. Respeta al niño, pues el niño es un hombre.

El niño es un hombre *que está al principio*, un hombre que comienza. El cristianismo sabe bien que todo comienzo es misterioso, lo encierra todo en sí y, sin embargo, aún debe comenzar a ser. El principio es el horizonte, la base y la ley de lo que vendrá, y, con todo, él solamente se desvelará en el devenir. Lo mismo sucede con él ser niño, que es el comienzo del ser hombre. El niño *es* ya la unidad de espíritu y cuerpo, de naturaleza y gracia, de naturaleza y persona, autoposición y dependencia del mundo. Pero todo esto debe realizarse todavía, debe ser subsumido y experimentado. Y esta unión entre comienzo y devenir es un misterio que el hombre realiza y sufre, pero que no puede dominar. Sólo el fin consumado desvela lo que era el comienzo. Solamente al anochecer se ha manifestado totalmente la mañana.

El niño es un comienzo *en tensión*. El cristianismo no simplifica la realidad, sino que tiene valor para reconocer la tensión que todo hombre experimenta en su ser, ya desde el comienzo. El hombre, a pesar de su relación inmediata con Dios como criatura individual, no es un *puro* comienzo, sino que es un comienzo en una historia ya comenzada por los hombres. Y esta historia es desde su origen *también* una historia de culpa, de rechazo de la llamada de Dios, de desgracia. La historia del individuo es parte de la historia de la humanidad. Y el amor con que Dios se dirige a cada individuo no es el amor de Dios a una humanidad inocente, sino el amor que, a pesar de la culpa histórica, se quiere acercar a nosotros en Jesucristo. Este estado que afecta a cada individuo se llama en el lenguaje tradicional "pecado original". El cristianismo sabe que la gracia de Dios en Jesucristo abraza al hombre en una voluntad salvífica universal. Pero sabe también que el comienzo de la infancia no es bucólica porque al niño, como existente que comienza, le corresponde culpa, muerte, sufrimiento y amargura.. Y este realismo cristiano, porque sabe que todo queda envuelto en la misericordia y en la gracia de Dios, no cae en un cinismo perverso. El cristiano sabe que la culpa y el dolor quedan correo insertados en la beatitud de una gracia original y de una gracia posterior y de una redención, que él mismo experimenta y deja actuar en él.

El niño es... *un niño*. Cuando observarnos las afirmaciones de la sagrada Escritura sobre los niños, notamos que la sagrada Escritura casi siempre presupone conocido por nosotros lo que es un niño, más que explicárnoslo expresamente. La palabra de Dios nos remite a nuestra experiencia múltiple sobre los niños y a la experiencia de nuestra propia infancia. Y esta experiencia, encerrada en la palabra "niño", es la que utiliza la sagrada Escritura para decirnos que debemos hacernos como niños, o que los niños se pueden acercar al Mesías, o que el escandalizarles es un crimen digno de ser castigado con muerte horrenda... La Escritura y la Tradición presuponen, pues, un concepto de niño y apelan a nuestra experiencia. Y nuestra experiencia de la infancia, una

experiencia oscura, múltiple y antagónica, es la que la Escritura y Tradición sanciona y hace suya. Y es que, como ya antes quedó indicado, el niño es un hombre que comienza y es un hombre en tensión ya desde el comienzo. La Escritura habla del niño en el sentido de imperfecto y de lo inferior, tanto el AT y judaísmo (ThWNT V 641, 31-48;644, 46-645,8) como Pablo (1 Cor 3,1; 13,11; 14,20a; Gal 4, 1-3; Ef 4, 14; Heb 5,13), y también Jesús en la parábola de los niños que juegan (Mt 11,16). Pero no por eso son los "pequeños" despreciados por Jesús, como era corriente en aquel tiempo. Los niños le pueden servir de ejemplo de desinterés no ambicioso de dignidades, de ejemplo de modestia sin pretensiones en contraposición a los mayores (Mt 18,2ss; 19,13ss). No puede decirse que, cuando Jesús pone a los niños como prototipo del reino de los cielos, quiera destacar su inocencia. Jesús nos dice algo mucho más importante: que nosotros hemos de ser frente a Dios como los niños que *saben* que no tienen en sí ningún motivo para exigir, y sin embargo confían en la bondad y seguridad gratuita que les sale al encuentro. Y por esto Jesús sabe que los puede acoger en su corazón, pues de los tales es el reino de los cielos (Mt 18,4), con ellos se identifica, los defiende del escándalo, y ve su salvación protegida por el ángel que siempre está contemplando la faz del Padre.

Finalmente, la infancia es un misterio. Es un misterio por ser un comienzo, y un comienzo en tensión; por ser un comienzo original y un comienzo que se hunde en una historia; por ser comienzo que camina hacia un futuro que no es solamente despliegue sino destino libre y encuentro, y que sólo se desvelará como comienzo cuando haya llegado al fin; es un comienzo abierto al Principio eterno de Dios, que es el misterio, el indecible. Este comienzo no puede dejar de ser misterioso, y por ser el comienzo de la vida es toda la vida misteriosa. Por esto la vida, en la que se conserva esta misteriosidad del comienzo y de la infancia, es una vida abierta, que espera lo inesperado, que confía en lo incalculable, una vida que capacita al hombre para actuar aunque sabe que hay fuerzas superiores a sus planes y proyectos, una vida que cuando llega a su fin sabe y confía infantilmente haber acabado su tarea, porque nadie es tentado más allá de sus fuerzas. Una actitud tal pone a salvo la existencia entregándose al misterio y a la cercanía amorosa de Dios. No es que el niño haya realizado todo esto, sino que en su actitud vemos cuál ha de ser la actitud del hombre que, a pesar de la amenaza y de la tensión, se mantiene abierto al misterio y confía. Y, por consiguiente, de esos niños, de los que están abiertos ante el misterio, es el reino de los cielos. Y paradójicamente sólo al fin sabemos lo que el niño era al principio, sólo cuando por medio de la gracia se ha hecho hijo de Dios, recibiendo su reino. El misterio de la infancia es, en último término, el misterio del mismo Dios.

La filiación divina como plenitud de la infancia

Puede parecer extraño el que digamos que a la teología de la infancia pertenece también la consideración de la filiación divina. Puede dar la impresión de que sólo en sentido traslaticio puede aplicarse el nombre de infancia a la filiación divina. Ciertamente sería inadecuado tratar aquí de la teología de la justificación y de la gracia que nos hace hijos de Dios. Pero creemos que hay que tratar el tema de la filiación divina, porque las palabras "niño" e "infancia" que dan iluminadas y profundizadas, aun en su sentido humano, si vemos qué sentido tienen al ser usadas por la revelación como expresión de la filiación divina. Pero así es en realidad, y esto por dos motivos.

En primer lugar es ya conocida la importancia decisiva que tiene para el abandono total y confiado en Dios la *experiencia de una infancia segura y a salvo*. No hay que exagerar, ni creer que sin la experiencia infantil de la vivencia del padre es imposible la realización de la fe en "el padre", es decir en Dios. Es muy posible que la misma inseguridad y la falta de protección en el amor paterno sea un estímulo para la pregunta metafísica por un supremo fundamento que todo lo soporta y asegura. Si esto no fuese posible, no podríamos escapar a la objeción de que la religión no es más que la proyección de la vivencia del padre, lo cual supondría que la religión no es más que un gigantesco infantilismo. Pero, aun con las reservas indicadas, no se puede negar que difícilmente se podrá realizar la entrega confiada en el misterio de Dios, misterio de amor y cercanía, sino se ha experimentado la cercanía del amor paterno. Sólo cuando se ha aprendido a usar los nombres "padre" y "madre" para designar el amor íntimo y hogareño, sólo entonces puede uno atreverse a llamar Padre a aquel que es misterio inefable y último fundamento de todo. Y al revés, cuando un niño se ha sentido perdido, expuesto a todo, es casi inevitable que llegue a una concepción metafísica del vacío y absurdo, de la petición y de la negación de Dios. Y cuando le llegue la experiencia amarga de la vida, no podrá superarla con la experiencia de una infancia que estaba abierta sin reservas a un sí a la vida, sino que considerará esta amargura como la continuación de una infancia sin amor, sin seguridad, sin promesa, vacía. De ahí la gran importancia que tiene la experiencia de la infancia de cara a una recta concepción religiosa de la paternidad de Dios.

Pero la filiación divina ilumina la misma idea de infancia. Este es el segundo paso y más interesante de nuestra reflexión. Hay que empezar diciendo que no todo sentido traslaticio o metafórico es la consecuencia de haber conocido dos objetos independientemente y, después de haber comparado sus propiedades, haber dado al segundo objeto el mismo nombre que al primero. Hay también otro: tipo de trasposición o traslación de nombres, en el que la trasposición o aplicación del nombre al segundo objeto es el modo propio de conocer la segunda realidad y de que el conocimiento de la primera llegue a su plenitud. Tal es el caso en la ontología del conocimiento de Dios. No es que primero se reconozca a un objeto como ser y luego se aplique este concepto a Dios, sino que al conocer un ser concreto, conozco concomitantemente y de modo no temático ni reflejo al Ser absoluto, a Dios, como horizonte de toda trascendencia. Cuando este conocimiento de Dios se haga temático, entonces conoceré propiamente aquella realidad que al principio conocí como ser. También *podría* suceder lo mismo en el caso de la experiencia de la infancia, de modo que sólo después de haber llamado en sentido traslaticio a Dios "Padre", comprenderíamos lo que es la infancia. Vamos a ver cómo esto no sólo *podría* ser así, sino que es así.

Empecemos recordando lo dicho en la primera parte, que la infancia no es un estado de la primera fase de la vida, biológica, sino una actitud fundamental que está siempre presente al existente. Por otro lado, todos sabemos que la infancia significa confianza, apertura, disponibilidad, dejar disponer de sí mismo, estar de acuerdo con lo que venga, receptividad y esperanza ante el misterio. Y la infancia del niño en sentido biológico es sólo el preludeo y la promesa de la infancia del hombre adulto, de modo que en ésta se comprende aquélla. De ello se deduce que la infancia, aun en sentido humano, tiene una *referencia* a Dios y se consume y perfecciona en la filiación divina. Pues si la infancia (aun en sentido humano) es apertura, confianza, ánimo para dejar disponer de sí, disponibilidad para todo lo todavía: no experimentado, entonces, en esta trascendencia creída, amada y esperada, se realiza la esencia del acto religioso. Y puede

consiguientemente decirse, con toda tranquilidad, que el hombre permanece religioso cuando experimenta la infancia originaria de su esencia, cuando la asume, la mantiene y la concede una vigencia sin límites.

Ahora bien, cuando esta apertura inmensa del ser, cuando esta infancia humana en el sentido explicado, que constituye la esencia del acto religioso, recibe de Dios como respuesta una entrega y autocomunicación de Dios mismo por la gracia, entonces esta apertura humana y esta infancia madura no es más que lo que, en lenguaje teológico, se llama filiación divina, gracia de la filiación divina en el Hijo. Consiguientemente, cuando la infancia humana tiene ánimo suficiente para comprenderse: como apertura incondicionada y sin límites, entonces se mueve en dirección a la filiación divina, se "traspasa y traslada" en dirección a esta filiación. Y si toda paternidad en el cielo y en la tierra recibe su nombre del Padre eterno (Ef 3,15), podemos también decir que toda infancia (Kindschaft) en el cielo y en la tierra recibe su nombre de la generación eterna del Hijo por el Padre, de la cual nosotros participamos; pues por la gracia participamos de la naturaleza divina. Así la infancia humana no es una realidad que de modo metafórico y poético se aplique a la filiación divina, sino que en la filiación divina tiene la infancia su último fundamento y se manifiesta lo que es. Sólo se comprende la última esencia de la infancia al captar la filiación divina; y cuando queramos saber lo que esta filiación divina significa, dejemos que el movimiento interno, trascendente y sin límites que anida en la infancia humana, nos adentre en el sentido de la tradición cristiana sobre el Padre, que esta en los cielos, y sobre la fraternidad de los hijos de Dios.

Volvamos los ojos al niño. En él hay un hombre que tiene que comprender la aventura maravillosa de permanecer siempre niño, de ser cada vez más niño, y así realizar su filiación divina. Sólo podrá ser participante de la vida de Dios, si sabe permanecer siendo aquello que comenzó a ser en su infancia.

Hace quince años me encontré con un conocido filósofo positivista judío. El se preguntaba a sí mismo si creía en Dios, y no sabía hallar respuesta. Pero, añadía él: "Somos hijos de Dios, eso sí lo creo".

El que tiene la valentía de conservar siempre pura su infancia a través de toda su vida, éste encuentra a Dios. Y el que acepta así esta infancia en sus hermanos y hermanas, éste le ha encontrado, pues "el que recibe a uno de tales niños en mi nombre, a mí me recibe" (Mt 18,5).

Tradujo y condensó: VICTOR CODINA